

Mexicanos en la luna

José Carreño Carlón

Hace 40 años, cuando la llegada de los terrícolas a la luna, los riesgos de adentrarse en los asuntos domésticos solían llevar a los medios mexicanos a privilegiar los asuntos del exterior. Y esto incluía las hazañas de la conquista del espacio.

Y hoy que los medios se encuerdan sin restricciones en los asuntos nacionales, suelen menospreciar los asuntos internacionales. Y esto incluye la marginación del debate mexicano de los temas del desarrollo científico, en cuyo contexto se conmemora esta semana en el mundo el aniversario de aquel alunizaje.

Impedidos o limitados por los estrechos límites que dejaba el monopolio del poder político en la definición de la agenda pública, los medios mexicanos de hace cuatro décadas no podían hablar o escribir de los personajes intocables si no era para enaltecerlos, si encarnaban al "sistema", o para descalificarlos, si ejercían alguna forma de oposición al régimen. De manera que los grandes temas externos podían fungir como vías de escape a aquellas restricciones, con el resultado —seguramente indeseable para el poder político— de que lectores y audiencias empezaron a encontrar en la información internacional percepciones, atmósferas y ejemplos de liberación desconocidos en la información nacional.

Así ocurrió con el giro sorprendente que tomó entonces la guerra de Vietnam, con las luchas por los derechos civiles en Estados Unidos, con los brotes libertarios en los países del socialismo real, con los movimientos estudiantiles en todo el mundo y con las expectativas que despertaron en los jóvenes las guerrillas latinoamericanas, entre otros grandes hitos que transformaron el mundo en los años 60 del siglo pasado.

El oxígeno global

En aquellos años, las nuevas generaciones evitaban la asfixia impuesta a las libertades informativas en las secciones nacionales abriendo vías de acceso al oxígeno que enviaban los flu-

jos de información de las secciones internacionales. Así sobrevivían a su vez, informativamente, los miembros del cuerpo diplomático, los residentes en México originarios de otros países y los estudiantes, los visitantes y los corresponsales extranjeros.

Claro que estaban los iniciados que se empeñaban en descifrar los mensajes que colocaban en los medios los protagonistas locales del mundo oficial, a veces previsibles hasta el aburrimiento, a veces enigmáticos a extremos legendarios, pero casi siempre recogidos con insoportable reverencia y servilismo por nuestro provinciano periodismo local.

Hoy en día, en cambio, al lado de las nuevas, disfrutables libertades informativas —impensables hace 40 años— parece percibirse en audiencias y lectores una nueva asfixia, ahora por saturación, ante la tendencia a un regodeo un tanto impúdico de los medios en las de por sí grandes miserias y discordias nacionales, incluyendo el golpe de la semana al liderazgo del presidente Calderón en su propio partido.

La luna de la aldea

El problema no radica en la apertura informativa local, sino en su tratamiento: más ensordecedor que esclarecedor.

Adicionalmente, el engolosinamiento en las lobregeces de la información local ha terminado por marginar las visiones de la globalidad y por cancelar las vías de oxigenación que en el pasado ofrecía el contraste de la información internacional.

El riesgo es que las nuevas generaciones de hoy sigan buscando cada vez más las vías de oxigenación de la globalidad en los medios alternativos. O —como podemos atestiguarlo quienes atendemos en Munich a la invitación del doctor Frank Holl, director de la novena edición de *Los Días de la Ciencia*— ante una esfera pública global hoy productivamente ocupada en los retos de la ciencia, a propósito del aniversario de la llegada del hombre a la luna, también puede ocurrir que los mexicanos excluidos del debate por los medios convencionales sigan en la luna, aturdidos por los tambores de guerra de la aldea.

jose.carreno@uia.mx
Académico

